

y por tanto no como un elemento instituido, objetivo. Es más una derivación del privilegio del exitoso que una posibilidad propia de la institución.

La vida pública del líder es también un modo de otorgarle presencia visible y cotidiana al poder, que ya no se circunscribe a la función institucional sino que se erige en modelo de conducta general para cada sujeto. «Soy igual a ustedes pero diferente de ustedes»<sup>17</sup>, repite el eco peronista del menemismo. Este juego de simultáneo acercamiento y distanciamiento del líder respecto del pueblo, se verificó incluso en circunstancias menos festivas que la participación del presidente en eventos deportivos. En efecto, ante las primeras confesiones de militares acerca de la autoría de actos criminales durante la represión antsubversiva, la inmediata reacción de Menem fue estigmatizar a los arrepentidos. Cuando esta táctica no fructificó, eligió el método del acercamiento-distanciamiento: en declaraciones públicas, confirmó que él mismo había visto esos actos durante su reclusión en un buque militar, y que eso le daba autoridad moral no sólo para opinar sobre el tema, sino también para dictar los indultos a los jefes militares encarcelados. La operación estaba hecha: el líder ha sufrido en carne propia la cárcel, lo cual le da autoridad para sustituir el dolor del pueblo y por eso mismo perdonar a los verdugos en nombre de éste. Por otra parte, la asunción de este rol pacificador le permite colocarse por encima de las banderías y así reforzar la partición de la historia que en términos de inauguración ya se ha comentado: antes, la lucha, la desunión, el caos y hasta una latente guerra civil; desde el menemismo, la paz, la armonía, la unidad, el fin de los conflictos entre argentinos, devenidos ahora «hermanos y hermanas».

### III

Las condiciones sociales, históricas y políticas en las cuales se inscribe el menemismo, no sólo son diferentes, sino incluso opuestas a las que conoció el peronismo clásico y el de los años 70.

Si a mediados de los 40 la exclusión social y política de los trabajadores permitió al peronismo, tal como señala Laclau, apropiarse de lo democrático y articularlo con lo populista<sup>18</sup>, el menemismo se inserta en una etapa democrática ya inaugurada, que reconoce la ciudadanía social de los trabajadores, más allá de las crisis que la cuestionen. El menemismo no podrá entonces presentarse como simultánea inauguración de la justicia social y de la democracia.

Pero lo central es que el régimen de acumulación tampoco es el de los años 40 y 70. Con él varía el rol del Estado y así el discurso sobre el

<sup>17</sup> De Ipola, Emilio: «Desde estos mismos balcones...» Nota sobre el discurso de Perón del 17 de octubre de 1945», en Op. cit., p.182. A esto podría agregarse el que durante la campaña electoral, Menem dirigía sus discursos no sólo a los ciudadanos, sino también a los «queridos niños de mi Patria», signo de una concepción omniabarcadora de la política, a la manera de una religión.

<sup>18</sup> En Op. cit., p.221 y ss.

nacionalismo económico. Si para el peronismo de los 40-50 la fortificación del Estado significaba la inclusión de los trabajadores, la armonía social y la grandeza nacional, el menemismo se identificará con un Estado débil, incapaz de incluir a todos los sectores sociales y, más aún, expulsor de contingentes enteros de la población. Esta política es, además, auspiciada por el menemismo.

El peronismo clásico creaba una política que hacía posible su discurso (Estado fuerte-líder-Nación); el menemismo más bien se encuentra con el cuadro opuesto: su política debilita la verosimilitud de su discurso. El peronismo clásico denunciaba el Estado mínimo como causa del apogeo de la política y de la desatención de la cuestión social, con el consiguiente peligro de una desviación ideológico-política de las masas. Para el menemismo, la presencia del Estado en la escena social-económica es la causa del ahogo del mercado, de las fuerzas sociales y, al fin, del peligro de guerra civil, manifestado en la hiperinflación.

Si en el peronismo clásico políticas públicas y cultura política sintonizaban, en el menemismo más bien tienden a entrar en cortocircuito. No obstante, el menemismo persevera en su cultura política, no renuncia a ella con la facilidad con la que ha abandonado las políticas del primer peronismo.

Esta perseverancia se ve en el modo en que el menemismo intenta reconstruir el momento histórico de su aparición (1989) en la vida estatal, a semejanza de los que marcaron la aparición del peronismo tradicional. El elemento más característico es el intento de resignificar la crisis hiperinflacionaria como signo de amenaza contra la democracia y de crisis social. Se diría que el menemismo necesita recrear un teatro de operaciones similar al que el peronismo construyó entre 1945 y 1946 y entre 1972 y 1973. Tal escenario estaría marcado por los elementos que hemos descrito como continuidad en el nivel de la cultura política entre menemismo y peronismo clásico. Serían, entonces: el presentar la hora de entrada en la vida política como momento grave, de crisis terminal, lo cual lleva a la primacía de la realidad respecto del carácter ideológico de la respuesta política; mostrar la decisión política como la única posible en cuanto a contenidos, dado que es impuesta por las circunstancias, pero a la vez como decisión propia en cuanto a la forma (rapidez y firmeza en la resolución); denunciar la opinión adversaria como opinión interesada, contraria al bien común, y así identificar el peronismo con el interés nacional sin más, buscando antes doblegar la voluntad del otro que realizar la propia, reducida al mero predominio; reforzar la jerarquía existente entre líder político y pueblo a través de un imaginario acercamiento personal del líder respecto de sus ciudadanos, construyendo la pasividad de la masa por identificación con el conductor. A estos rasgos ya presentes en el peronismo clásico,

<sup>19</sup> La Ley de Lemas permite que un partido político presente más de un candidato. Gana la elección el partido más votado (sumados los votos de todos sus candidatos) y obtiene el cargo el candidato más votado entre sus postulantes. Para la Argentina, donde los partidos hacen elecciones internas de candidatos entre sus afiliados, este método implica un debilitamiento de la estructura partidaria. A la vez, favorece al peronismo, caracterizado históricamente por tener fracciones internas que cubren un amplio espectro del campo ideológico y por su falta de tradición democrática interna (las primeras elecciones se hicieron en 1989 y triunfó Menem).

<sup>20</sup> El concepto de política en el peronismo puede encontrarse en los trabajos del general Juan D. Perón *Conducción política*, Secretaría Política de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1974; y *Política y estrategia*, s.e., Buenos Aires, 1951. Este último aparece firmado como Descartes, pseudónimo utilizado por Perón; el libro recopila los artículos publicados semanalmente en el diario *Democracia de Buenos Aires* durante 1951.

el menemismo ha agregado otros medios que refuerzan viejos tópicos. El caso paradigmático es el mellar la legitimidad de los políticos profesionales y las estructuras partidarias a través de nuevas formas, propias de los años 90, con el fomento de la presencia de no-políticos como candidatos y la introducción de la Ley de Lemas en las elecciones de algunas provincias<sup>19</sup>. Asimismo, si bien los caracteres antidemocráticos del primer peronismo están lejos de ser repetidos por el menemismo, la característica de concentrar toda la fuerza en el ejecutivo, se muestra en la tendencia a gobernar por decreto, en manipular la composición de la Corte Suprema para volcarla a su favor y en mantener el carácter presidencialista del régimen político, pese a la reforma de la Constitución. Se mantiene la tensión entre reglas de juego (del régimen político) y reglas de estrategia (del gobierno).

Para el menemismo, puede dejar de ser importante el Estado empresario, pero no deja de ser impertinente la discusión política. Puede no ser ya relevante el contar con un monolítico sindicalismo de Estado, pero no deja de ser central la identificación del líder como «uno más» entre los hombres del pueblo. E incluso más: el peronismo puede legitimar su política en nombre de una integración de los trabajadores a la vida pública (como en el 45), de una necesaria liberación nacional (como en el 73), o de una liberación de las fuerzas del mercado (como en los 90), pero siempre denunciará al adversario como un opinante que defiende intereses de círculo, opuestos al bien común. No sólo se muestra más proclive a desprenderse de ciertos elementos (políticas públicas) que de otros (modo de hacer política), sino que estos últimos constituyen una suerte de lugares fijos vacíos: no importa quién sea el enemigo, pero debe haber uno.

La cultura política del peronismo, definida como un modo de concebir y practicar la política, muestra su fortaleza en su capacidad de sobrevivir a las condiciones sociales, políticas e históricas que le dieron origen. La variación de condiciones social-históricas y de políticas públicas implementadas son absorbidas y resignificadas por una cultura política que recrea algunos elementos permanentes. Los límites de época y de circunstancias políticas no son más que escollos que no alcanzan a modificar esa cultura política, sino más bien se transforman en la medida de su capacidad para superarlos.

## IV

El peronismo reduce la política al fenómeno de conducción<sup>20</sup>. La conducción es la facultad del líder de comprender (intuitivamente) la situación en la que se encuentra y tomar la decisión (inmediata) que la resuelva. Estar en una situación de poder es una condición y a la vez una